

EVOCACION
DE
GUILLERMO FURLONG CARDIFF S.J.

Roberto L. Elissalde

Sean mis primeras palabras dedicadas al señor presidente doctor Marcelo Urbano Salerno, con quien compartimos hace largos años empresas culturales, siempre cercano en la estima personal aunque sin frecuentarnos con asiduidad. Siempre atento a mis actividades cuando hace unos años nos cruzamos nuevamente, tuvo la amabilidad de invitarme a colaborar y llegar ideas a la Academia. Responsable primero de mi presencia esta tarde vaya mi particular reconocimiento y agradecimiento.

Esta será una remembranza de quien fue mi maestro el R.P. Guillermo Furlong S.J., ya que su tarea como precursor de las investigaciones sobre la historia de la ciencia -con la que abrió caminos a las siguientes generaciones- fue evocada por el doctor Miguel de Asúa, quien también hizo referencia a los trabajos del jesuita en mayo de este año cuando se incorporó a la Academia Nacional de la Historia.

Lo conocí en mayo de 1969 cuando en el Museo Mitre presentó la “*Historia Argentina*” -editada por Plaza & Janes- obra póstuma que dirigiera el embajador Roberto Levillier, de la que Furlong fue uno de los coautores junto a otros prestigiosos intelectuales, algunos académicos de esta Corporación: Fernando Márquez Miranda, Horacio C. Rivarola, Isidoro Ruiz Moreno, Alberto Mario Salas y el recordado profesor Carlos María Gelly y Obes, fallecido este año, que fue el otro orador de aquella noche.

El padre Furlong se expresó con sentimientos de elogiosos pero a la vez de amistad a la obra del colega recientemente desaparecido, destacando el mérito de haber reunido un equipo de especialistas de primer nivel, lo que hoy llamamos “un trabajo de equipo”. Fue su viuda Jeannette Beatson de Levillier y su hija Diana las que me presentaron al sacerdote, quien me invitó a visitarlo al día siguiente un sábado a las 15. Concurrí con no poca inquietud, consciente del tiempo que me iba a dedicar por única vez ese hombre superior. Cuando caminaba por Callao, iba preparando unas palabras en mi mente que a cada esquina mudaba, por la natural cortedad en cómo enfrentar a un maestro de tanto prestigio.

Así llegué a la portería, al poco tiempo subía la escalera que conducía al claustro de los padres, sin argumento alguno y más atribulado que nunca. Toqué la puerta y

apareció Furlong con una amplia sonrisa campechana, tan elocuente como la viveza como sus ojos claros detrás de unos anteojos de armazón negro y gruesos, exclamando: “Oh, my Boy”. Vestía un guardapolvo negro hasta las rodillas y la camisa con cuello romano. Su habitación tenía dos ventanas abiertas, una daba a la avenida Callao y la otra al atrio de la iglesia del Salvador. Una cama de hierro con un rosario que colgaba de su respaldo, una mesa algo alta que le servía de escritorio con una lámpara con un foco de gran potencia, repleta de papeles, cuatro sillas, y pilas de libros sobre el piso, apoyados en la pared y cajones de fruta con miles de fichas y más hojas, algunas a máquina otras con su letra menudísima. Me habló largamente del padre Castañeda, del que yo algo conocía, por entonces tenía entre sus proyectos la biografía del religioso y no dejó de hablarme muy mal de Rivadavia, al que le tenía casi más antipatía que el furibundo fraile, lo que no es poco decir. Me retiré después de una hora, con las manos que no me daban para llegar a la puerta por la cantidad de libros de su autoría con que me obsequió y con la promesa de volver en quince días a retirar otros ejemplares.

Nativo de Arroyo Seco en la provincia de Santa Fe, vio la luz el 21 de junio de 1889, en el hogar de los irlandeses James Furlong y Anne Cardiff, hizo sus primeras letras en Rosario y después en el Colegio de la Inmaculada de la Compañía de Jesús en Santa Fe, a la que ingresó al cumplir catorce años. Pasó un breve lapso en la casa de Córdoba, siguió luego a España desde 1905 a 1911 y más tarde a Estados Unidos, donde permanece desde 1911 a 1913. En la Universidad de Georgetown, en Washington obtuvo el doctorado en filosofía. Regresó a su patria después de ocho años, para ejercer las cátedras de griego y latín en el Seminario Pontificio de Buenos Aires en Villa Devoto, y desde 1916 al Colegio del Salvador donde dictó inglés e historia y geografía argentina. Con total llaneza reconoció a sus alumnos que en idioma no tenía problema, pero que alejado tanto tiempo las otras materias prácticamente las había olvidado, por lo que las iban a estudiar juntos. De este modo logró meterse a los muchachos en el “bolsillo” y el joven catedrático finalizó el curso sin inconveniente alguno. A lo largo de los años incentivó la actividad literaria de los alumnos, con inventiva -para que no copiaran de manuales sus composicionesñ les daba títulos como “Hasta Retiro no para”, “Un clavo en la pared”. Los incentivó a publicar sus primeros escauceos con las letras, algunos de poco mérito pero otros con sí, fruto de esa labor fue un elegante folleto para evocar el centenario del fallecimiento del general Belgrano, por el que profesaba verdadera pasión. Siempre repetía que merecía aquel elogio del general Lee a Jorge

Washington: “El primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos”.

Seguramente su pasión por el estudio del pasado estuvo influenciada desde 1913 por Enrique Peña, uno de los fundadores con Mitre de la Junta de Historia y Numismática, actual Academia Nacional de la Historia, quien le dijo: “No lea libro alguno de historia, pero trácese una línea de estudio, una serie de temas afines, y frecuente el Archivo General de la Nación, en busca de materiales sobre dichos temas y le aseguro que al cabo de diez o quince años, quedará asombrado del material que habrá reunido”. Fue asimismo una visita frecuente a la casa de Peña en la calle Esmeralda, donde conoció entre otros a Samuel Lafone y Quevedo, Ernesto Quesada, Luis María Torres y Félix Outes. Con el primero cultivó estrecha amistad. Lo visitaba en el hotel “Los Dos Mundos”, donde vivía y tenía su estudio, y sus conversaciones siempre eran en inglés. A su muerte en 1920 le dedicó una nota necrológica en *Estudios*, “al venerable y laborioso decano de la ciencia nacional”. Muchos años más tarde le dedicó una biografía a quien soportó en sus altos años la toma del Museo de La Plata y una deseada jubilación que jamás llegó a sus manos.

Volvió a Europa a investigar entre los años 1920 y 1925, visitó archivos y bibliotecas de España, Francia, Bélgica, Inglaterra y Alemania. En Sevilla en el Archivo de Indias conoció en esos años a su compatriota don José Torre Revello y al padre Pablo Pastelss S.J., trajo de esa estadía un bagaje de informaciones, fichas y apuntes, que lo llevaron y consagraron de lleno al estudio de nuestro pasado.

También frecuentó Furlong a don Enrique Udaondo a quien conoció en 1918, esa amistad sincera y estrecha perduró hasta la muerte del director del Museo de Luján en junio de 1962. Fue él quien lo presentó como académico correspondiente en la Academia Nacional de la historia en 1937 y dos años más tarde como numerario. Lo mismo prosiguió su amistad con Elisa Peña, la hija de don Enrique a cuya puerta jamás acudió en vano en los malos momentos.

En un tiempo en el Salvador fue profesor de inglés, un ex alumno afirma que ni él ni sus condiscípulos conocía que el padre Furlong ´no era profesor de inglés. “Hubiéramos podido maliciarlo, sin embargo por el desapego con que daba sus clases. Debían importarle muy poco, aunque cumplía disciplinadamente con su obligación. Los hacía recitar el *If* de Kipling, que salmodiaba moviendo el cuerpo de adelante hacia atrás, mientras treinta desaforados nos unificábamos en un acompasado aullido endecasílabo”. Este es el testimonio de Félix Luna, que años más tarde lo contó entre

los primeros colaboradores de su revista “Todo es Historia”, y a quien el maestro le agradecía el magro cheque que le entregaba porque de ese modo se liberaba del hermano procurador para adquirir sin ninguna traba un volumen o un curioso folleto.

En 1957 Abel Geoghegan afirma en el prólogo de su bibliografía de Furlong, cuando éste tenía 67 años, que el trabajo tenía “como fin, el dar a conocer uno de los repertorios bibliográficos de mayor envergadura científica que se han dado, en el campo de las investigaciones históricas en la República Argentina y aún en América”. Nadie había tenido en vida un trabajo de esta naturaleza, para entonces sumaba 36 libros, y casi mil artículos, notas editadas e inéditas. En 1975 el mismo autor realizó el estudio de la obra de Furlong, a su muerte registró 1974 libros, folletos y artículos. Algunos de ellos inéditos, algunos creemos lamentablemente perdidos, que como dice el autor “sólo los 106 libros publicados, algunos en varios tomos, darían gran prestigio y renombre a cualquier historiador”.

Recorriendo ese repertorio podemos sin duda afirmar que fue el primer historiador dedicado al estudio de las ciencias en nuestro territorio desde los tiempos “hispanicos”, -término que él machacó constantemente contra la costumbre de llamarlo época “colonial”- hasta la expulsión de los padres de la Compañía de Jesús, continuándolo hasta el proceso de Mayo de 1810.

Su primer libro se tituló “Glorias Santafesinas”, dedicado a los sacerdotes Buenaventura Suárez, Francisco Gabriel Iturri y Cristóbal Altamirano, todos de la orden creada por San Ignacio. Justamente el primer biografiado el padre Suárez, fue un destacado astrónomo, en el pueblo de San Cosme y San Damián en las misiones guaraníes.

Es dable destacar que esta obra y la dedicada años más tarde a su amigo don José Torre Revello, fueron posibles gracias al mecenazgo de Francis O`Grady, caballero católico natural de Kansas, en los Estados Unidos, descendiente de irlandeses, radicado en Buenos Aires desde 1917. Uno de sus primeros obsequios fue la bio-bibliografía sobre su entrañable amigo el historiador José Torre Revello. Me hizo notar que la obra aparecida un año antes había contado con el mecenazgo de un caballero de origen irlandés al que había dedicado como en los antiguos textos esta frase en latín: *Domino / FRANCISCO B. O`GRADY / Kansas in Statibus Foederatis nato / Ab anno inter nos Nativitatis Dni. MCMXVII / humanis rebus strenuo ac Fortunato / nec minus immo et plus divinis / dimidium in Argentina saeculum / celebrare volenti / hunc librum / de*

mertissimo viro / JOSEPHO TORRE REVELLO / “vulnerato etiam sed non victo” / peramanter ac minifice / se mecenate edenti / auctor / d.d.d.¹

O`Grady era norteamericano y descendía de irlandeses, tuvo una larga amistad con el padre Furlong. Cuándo terminó su libro “Glorias Santafesinas” en 1929, dedicado a la figura de los jesuitas: Buenaventura Suárez, Cristóbal Altamirano y Francisco Javier de Iturri; O`Grady dijo: “cueste lo que costare, yo lo financio”. Al poco tiempo se le acercó con un libro inglés: “Los viajes de Drake”, pidiéndole lo hiciera “en un todo como éste volumen, papel, tipografía y encuadernación”. El sacerdote le explicó que iba a resultar muy costoso, a lo que replicó: “No importa, hagamos las cosas bien”.

En la Escritores Coloniales Rioplatenses, el libro “Tomás Falkner y su Acerca de los Patagones” del año 1954, contó con el mecenazgo de Mr. Reginald Dublet, caballero inglés, protestante que vivió largos años en Buenos Aires, donde ejerció la presidencia del Banco de Londres y América del Sur.

Como bien lo destaca Geoghegan, nuestro sacerdote vivió la pobreza y aunque estuvo rodeado de ex alumnos, algunos de ellos con sobrados recursos económicos, no pidió ni recibió ayuda alguna y gracias al mecenazgo de O`Grady pudo editar su primer libro y con su ganancia seguir editando otros. Demás está decir que contó en esos años con la generosidad del impresor José Alberto Fuselli, a cargo de los talleres San Pablo de donde salieron la mayoría de sus obras, y también del doctor Pedro San Martín de la Editorial TEA, que publicó su magnífica Historia Social y Cultural del Río de la Plata.

Furlong en algunas publicaciones era el autor de varias notas en el mismo número, pero las firmaba con seudónimos muy estudiados por el profesor Mario Tesler, de los que sólo rescatamos: A.K.: A. Kraus; A.S.: Adolfo Sanders; E. B.: Eugenio Beck; E.S. E. Schneider, F.K.: Francisco Kraus; F.T.: Francisco Talbot; G: Geefe; G. K.: Godofredo Kaspar; J.B.: J. Booklover; J.C.: Juan Cardiff; J.S.: Juan Stella; M.M.: Miguel Menna, N.C.: Nicolás del Castillo; N.Ce.: N. Cleso; O.D.: Osvaldo Dodds; P.R.: Percy Roy; S.S.: Santiago Stella y T.V.: Tres Ve.

Desde 1930 hasta 1935 vivió Furlong en Montevideo, como docente del Colegio del Sagrado Corazón, donde frecuentó el Archivo Nacional de esa ciudad y las

¹ Le agradezco mucho a fray Alberto Saguier Fonrouge O.P. y a la profesora Marta Taddei la traducción del texto. "Para el Señor Francisco B O Grady, Nacido en el Estado Confederado de Kansas, entre nosotros desde el año 1917 del Nacimiento del Señor, alegre y diligente para los asuntos humanos y no menos piadoso para las realidades divinas; desendo celebrar este libro el medio siglo en Argentina, del justísimo varón Jose Torre Revello, "herido pero no vencido", muy afectuosamente se degastó como mecenas. Autor. d.d.d."

bibliotecas de Octavio R. Assuncao, Horacio Arredondo, Juan Pivel Devoto, Buenaventura Caviglia, Rafael Schiaffino, Felipe Ferreiro y Ricardo Grille. Cultivó la amistad con el autor de Tabaré don Juan Zorrilla de San Martín, pero por poco tiempo ya que murió el 3 de noviembre de 1931. Furlong asistió al velatorio que se hizo en la plaza junto a la estatua ecuestre a Artigas, que fue la apoteosis. De regreso escribió una nota que fue publicada en la prensa uruguaya. “Había mucho de añosa encina y de coposo ombú. La cabellera cubierta de nieve y las talmúdicas barbas eran acariciadas por florido espíritu de florida juventud...”. Furlong lo admiró porque él también había escrito poesías en idioma inglés que ocultaba con pudor, pero que le hizo conocer a don Federico Oberti, conocido investigador de temas criollos.

Dicho sea de paso que durante su estadía en Montevideo en marzo de 1933, fue invitado por su superior el padre Luis Parola, para refutar a la brevedad una serie de artículos del doctor Ángel Giménez en el diario socialista *La Vanguardia*. El autor destacaba en sus notas que la cultura y la ciencia en la Argentina nada debían a la labor de los jesuitas, y después de 1810 no haber dado sino alguno que otro historiador mediocre o naturalista adocenado. Furlong decidió no contestar refutando, sino escribir un libro, que concluyó en dos semanas bajo el título “Los jesuitas y la cultura rioplatense”. Así exploradores, colonizadores, médicos, geógrafos, cartógrafos, filólogos, astrónomos, matemáticos, farmacéuticos, botánicos, zoólogos, impresores, grabadores, historiadores, arquitectos, músicos, pintores, colegios, escuelas, universidad cordobesa, etc., etc. demostraron la labor de la Compañía. A medida que terminaba un capítulo lo enviaba a la imprenta. La obra con una tirada de 3.000 ejemplares tuvo amplia repercusión, en primer lugar porque fue a manos de todos los diputados y senadores, incluyendo a Giménez; porque se descubrió la figura del músico Domingo Zipoli y tercero porque el doctor Luis Ferreira le escribió una carta de 21 páginas, exhortándolo a seguir profundizando esa temática de estudios. Su fruto fue la colección sobre médicos, matemáticos, artesanos, filósofos, bibliotecas y músicos rioplatenses.

Estos trabajos dieron fruto a una ciencia la filosofía a la que no fue ajeno nuestro evocado, quien al decir de Alberto Caturelli, “ocupa un lugar prominente, quizá el más prominente”. Se trata de la obra “Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata” de 1952, como más tarde en los trabajos sobre el padre Querini en Córdoba, las ideas del padre Suárez en la Revolución de Mayo o sobre Pedro Ignacio de Castro Barros.

Las publicaciones periódicas contaban con el invaluable aporte de Furlong, desde las más reconocidas como los boletines de la Academia Nacional de la Historia, de la Comisión Nacional de Museos, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras; los anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, las revistas de la Asociación Científico Matemática de Luján, Historia; Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata, Criterio y Estudios del Colegio del Salvador; a esta nómina por cierto escueta debemos agregar la divulgación seria a través de la popular Guía de Viaje de la Argentina editada por el Automóvil Club Argentino y otras religiosas como “El Mensajero”, de los padres jesuitas donde no faltaban los temas históricos.

En Buenos Aires, el padre Furlong consultó las bibliotecas más afamadas de su tiempo, Juan María Gutiérrez, José Juan Biedma; Félix F. Outes, Clemente L. Fregeiro, Alberto Dodero, Antonio Santamarina, Enrique Ruiz Guiñazú, Oscar E. Carbone, José Luis Molinari, Alejo González Garaño, Enrique Arana (h), Norberto Fresco y Juan Ángel Fariní, todas que fueron de mucha utilidad para su estudio sobre la imprenta en el Río de la Plata. Tanto conocía sobre los Expósitos que un día Fariní lo llevó a la casa de su colega José Ingenieros, que deseaba conocer el valor de unos impresos que guardaba. El ya famoso médico le dijo al jovencísimo Furlong: “Usted es el segundo sacerdote católico con que me encuentro y hablo, A primero, de quien conservo gratos recuerdos, lo conocí siendo niño, en el barco que me traía desde Italia”.

Asistió espiritualmente en sus últimos momentos a sus colegas Mario Belgrano, Roberto Levillier, José Torre Revello, estaba ausente de la ciudad cuando fue requerido por Ricardo Rojas, pero Furlong evocó su piadosa muerte en la revista “Estudios”. Hugo Wast, fue amortajado con una vieja sotana de nuestro cura y meses antes de su deceso visitó a Alfredo L. Palacios en su casa de la calle Charcas.

Uno de los temas más desconocidos de la vida de Furlong, es que cuando residía en Montevideo en la década del 30, fue propuesto por el gobierno argentino de acuerdo a régimen del Patronato para ocupar el obispado de Santa Fe. Integraban la terna monseñor Nicolás Fasolino, el Pbro. Antonio Caggiano y en tercer lugar Furlong, que obtuvo 15 votos sobre 20 posibles.

Claro que el interesado ignoraba que su nombre andaba circulando por el Congreso, hasta que el 5 de agosto de 1931 su superior el P. Luis Parola le escribía: “Ayer en el Senado le han propuesto, en tercer término para la terna del Obispado de Santa Fe. Si no lo ha hecho, escriba al doctor Julio A. Roca, presidente del Senado,

declinando el honor y basándose en nuestro Instituto, que prohíbe pretender ni aceptar dignidades eclesiásticas si no es por imposición de la Santa Sede. En la renuncia convendrá dejar constancia de que lo hace Ud. libre y espontáneamente”.

Al día siguiente envió su dimisión, agradeciendo el honor que le había dispensado el Senado, pero que ni su carácter ni espíritu se avenían en forma alguna con el episcopado. Y agregaba: “Libre y espontáneamente señor presidente, presento ésta mi renuncia, pero aún en el caso, que no existe, que abrigara yo alguna inclinación a no presentarla, me lo impediría el Instituto que voluntariamente abracé en los días de mi juventud, y al que voluntariamente pertenezco. Dicho Instituto me prohíbe pretender ni aceptar dignidades eclesiásticas si no es por imposición de la Santa Sede”.

Los tiempos después del Concilio no fueron fáciles para nuestro sacerdote. Recordaba el padre Sojo que en carta a su provincial escribía el 8 de diciembre de 1973, cinco meses antes de su muerte, “No me precio de licenciado, ni de doctor, sino de P. Furlong, y sigo encariñado con las dos letras que agregó S.J.”; pero esos cambios a veces sólo accidentales traían a su formación clásica no pocos interrogantes. No cabe duda que el padre Furlong sufrió y mucho. Poco antes de morir escribió al padre provincial: “Vivía yo con la imagen, ya borrosa de aquella matrona nobilísima y santísima que fue el encanto de mi vivir durante 65 años, y sentía repulsión por esta chicuela, que ahora tenía delante desde hacía cinco años; pero ahora estoy seguro de que ella, la chicuela, llegará a ser como la matrona y aún la superará”.

Terminaba con este comentario al destinatario: “Aunque V.R. no pensó en ser Provincial y menos procuró serlo, por ser tan joven, le convienen aquellas palabras de San Pablo, que monseñor Bogarín, el viejo, traducía libremente: “Quien desea ser Obispo, buena le espera”. Quiera Dios que este “buena le espera” sea para V.R. leve y llevadero”. Vale aclarar que el joven padre provincial fue años más tarde obispo: Jorge Mario Bergoglio.

Furlong trabajaba desde las cuatro de la mañana, hasta las 10 de la noche, el Archivo de la Nación y el del Museo Mitre eran sus fuentes obligadas, a veces la Biblioteca Nacional con su Tesoro y la sección de documentos. Don Agustín Zapata Gollán, otro trabajador extraordinario al que se le debe el descubrimiento de la vieja Cayastá, le preguntó como hacía para “estirar” el tiempo en tal forma que le permitiera realizar tan grande labor. Muy sencillo, le contestó. No hago tres cosas que hacen perder el tiempo: no leo diarios, ni oigo radio, ni hablo con mujeres.

Aunque esto no lo tenía ajeno a las novedades políticas y sociales. Yo lo traté entre 1969 y 1974, casi cinco años, tiempos difíciles y convulsionados, y puedo dar fe que Furlong estaba muy interiorizado de la realidad, ya por las visitas o por la compulsión de las informaciones que recibía de ellas. Su labor en la Bibliografía de la Revolución de mayo, con motivo de sesquicentenario en 1960 mereció que el doctor Jorge Cabral Texo, insinuara a su amigo el diputado Ángel Francisco Beiró la justicia de pensionarlo por su producción y ayudarlo en futuras ediciones. La propuesta recibió una buena acogida y el proyecto de ley le otorgaba 5.000 pesos mensuales, aunque nadie puso objeción alguna mereció que el Congreso de la Nación lo aprobara pero sólo con 3.000 pesos.

Íntimamente ligado a la comunidad irlandesa jamás dejó esa pronunciación y mucho menos la vinculación a sus grandes hombres. A fines de 1958, Levene presidente de la Academia Nacional de la Historia le avisó que don Enrique Udaondo estaba muy grave, y que prepara el discurso para despedir los restos. Furlong que lo asistía y tenía particular afecto así lo hizo. Pero por esas irresponsabilidades que tiene la gente a los tres meses murió Levene y Udaondo lo sobrevivió tres años más. Furlong no estaba en Buenos Aires para leer su discurso, y otro académico lo despidió, pero felizmente se encontró. En esas líneas destacaba al varón justo que tanto había hecho por la cultura, para recordar que no temía el último día, porque sabía lo que había del otro lado del túnel: la luz eterna. Si no fueron sus palabras, fue su concepto el que manifestó nuestro almirante Brown, cuando recibidos todos los sacramentos, dijo al padre Fahy: “El práctico ya está a bordo, ya podemos cruzar la barra”.

Murió sentado en un vagón del subterráneo debajo de la Plaza de Mayo, había salido del Archivo e iba a dar una conferencia. En ese solar donado por el fundador de Buenos Aires al adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón, se instalaron en 1608 los primeros padres jesuitas que llegaron a la ciudad. Lo ocuparon por más de un siglo hasta que se trasladaron a la Manzana de las Luces. A Furlong que había exhumado el pasado de aquellos hermanos fundadores como nadie, le dio dado misteriosamente como premio pasar a la presencia de Dios en el primitivo solar de la Compañía.

Señoras y señores:

Hace dos décadas un historiador afirmaba: “En nuestro medio cultural suele ocurrir –y ello más de la cuenta- que un autor, ya escritor, ya artista, ya científico, no reciba de sus contemporáneos la consideración debida a su estatura y a su labor.

Tenemos la sensación que esto ha ocurrido con el padre Guillermo Furlong S.J., y su obra historiográfica”.

Esta tarde a 125 años de su nacimiento y a cuatro décadas de su muerte el 20 de mayo de 1974, sigue acompañando a esta Corporación que ha lo designado patrono de un sillón académico. En lo particular en este momento lo evoco agradecido por su infinita generosidad, sabiéndolo espiritualmente en esta sala, por esa inmortalidad del maestro que no desaparece del todo cuando uno de sus discípulos lo evoca, y en mi caso particular en ámbito de tanta jerarquía como el que Uds. me han ofrecido esta tarde, donde lo recordarán permanentemente con el sitial que lleva su nombre.